



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO XII

La caída del gobierno de Díaz

El movimiento revolucionario se inició con el “Plan de San Luis”, que según se afirma y el sentido común sugiere, no fué escrito en San Luis Potosí, sino en alguna población de Texas. Que fué obra del mismo Madero no cabe duda, porque las ideas y la redacción del documento lo demuestran de un modo evidente.

Después de los cargos que todos los *planes* contienen contra el gobierno que se trata de derrocar, Madero pasa en el suyo a atribuirse la jefatura de la revolución; pero como sólo él firma, no halla manera de hacerse nombrar por otros, ni encuentra tampoco principio legal que haga recaer en su persona la Presidencia vacante, y recurre a este singular fundamento de su nueva autoridad: declara que si el Gobierno no hubiera empleado violencia para impedirlo, él habría sido electo Presidente, y puesto que las elecciones eran nulas, él debía asumir la presidencia interina de la República.

Dice que se levanta en armas porque de no hacerlo traicionaría al pueblo “que en mí ha depositado su confianza”, y para alzar en un solo día a la Nación entera, proclama la sublevación en un artículo que dice: “El 20 del mes de noviembre, *de las seis de la tarde*

en adelante, todos los ciudadanos de la República tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan. (Los pueblos que estén retirados de las vías de comunicación, lo harán desde la víspera)". Esta disposición chusca, que revela el tipo intelectual del autor, era como la frase extravagante que hace reír al auditorio en la escena primera de una tragedia de dolor y de sangre.

Quería el Plan el restablecimiento del principio de no reelección, el sufragio libre y la restitución a los pueblos de las tierras de que ilegalmente hubieran sido despojados. En realidad, no hay más en el programa. Madero no pensó sino en una revolución política; las ideas de socialismo ignorante y de demagogia anárquica vinieron después a derramarse por conducto e influencia de hombres más inteligentes que él, pero mucho menos honrados. Por lo demás, hay que hacer constar, por lo que toca a sus buenas intenciones, que prohibió en su plan los saqueos y el fusilamiento de los prisioneros, ni aun por vía de represalias. Su cerebro de iluso daba a las palabras fuerza absoluta; creía que una prohibición aseguraba el orden, y cuando la había hecho la suponía ya obedecida por todos y conjurado el peligro. Nadie ha tenido en menor grado el sentido de las realidades.

El movimiento armado se inició en el Estado de Chihuahua, por un joven obscuro, dotado de energías y valor, Pascual Orozco, agraviado, según se dice, por algún acto abusivo del jefe político de un Distrito, que estorbó su trabajo, e inducido por un amigo íntimo de Madero (Abraham González). Poco después apareció en el campo, en el mismo Estado, un perseguido de la justicia, que había de tener más tarde una

triste celebridad, Francisco Villa. Otros se alzaron en Sonora, y desde entonces estos dos Estados fueron el campo de la prosperidad de la revuelta; pero entonces las partidas, poco numerosas y mal armadas, no infundían temor ni siquiera a los gobiernos locales.

En la Capital la policía había descubierto las tramas revolucionarias de algunos individuos; en Puebla y en Pachuca también; y antes de la fecha señalada por Madero, el 18 de noviembre, los conspiradores fueron aprehendidos sin dificultad, menos en Puebla, en donde el jefe Serdán fué muerto en su casa, que se tomó a fuego contra una resistencia tenaz.

La prensa comenzó tímidamente a dar noticias de la revolución del Norte y muy pronto a exagerar su importancia, no porque quisiera ayudarla (pues nadie preveía su triunfo), sino por aumentar la venta, dado el afán del pueblo por las noticias sensacionales. El diario de mayor circulación "El Imparcial", perdía terreno, porque por su carácter de semioficial no merecía confianza, y la venta que él perdía pasaba a beneficio de los llamados independientes, que adoptaron el sistema equilibrador de burlarse de Madero y dar al mismo tiempo noticias que le eran favorables. El gobierno, en vez de establecer francamente la censura por los medios constitucionales para impedir las graves consecuencias de propaganda tan peligrosa, empleaba, como en los días de paz, la amonestación, la amenaza o la suspensión pasajera de un periódico, demostrando en estas ocasiones una benevolencia que se tomaba por debilidad y que incitaba a la audacia.

La prensa de la Capital tiene en México una fuerza formidable porque derrama su influencia en todo el país, que no da valor ni crédito a los periódicos loca-

les. En los Estados no hay diarios, los semanarios son pocos y generalmente sin importancia; los ferrocarriles llevan por todas partes y en poco tiempo la prensa de la metrópoli, cuyas noticias y opiniones ponen en duda pocos suscriptores. En vano era que "El Imparcial" desmintiera las noticias falsas y alarmantes de los diarios que hacían comercio de ellas; lo que conseguía era perder lectores que se retiraban declarándolo el periódico vendido para defender al gobierno; la historia de aquel dictador de la prensa se volvía contra él y contra el gobierno que lo había armado; decía la verdad y nadie se la creía; su testimonio contra una noticia falsa era la confirmación de la noticia en la conciencia del público. La obra de la prensa, que no tenía (lo repetimos) más mira que la explotación de la excitación popular (obra que esa misma prensa iba muy pronto a continuar contra Madero candidato y Madero presidente), fué, sin propósito, el trabajo revolucionario más amplio, más tenaz, más fuerte que pudiera favorecer aquel movimiento sin prestigio, sin elementos, sin nada que le prometiera el triunfo. La prensa, con las noticias de victorias revolucionarias en Chihuahua, alentaba a los sublevados de Sonora; con inventar un cabecilla que con gran número de hombres había aparecido en Zacateras, daba bríos a todo el Norte y hacía brotar en Durango en realidad un nuevo partidario de Madero que ya veía la probabilidad del buen éxito. Al cabo de algún tiempo de esta tarea, en todos los Estados de la República había producido un desaliento más o menos profundo en lo general y había influido como contagio en los espíritus inquietos, en los que acechan el momento de la victoria para cosechar un fácil y seguro botín, entre los

desechos de la sociedad, comerciantes quebrados, empleados despedidos, soñadores de buena fe, demagogos regeneradores, maestros de escuela que hablan de ciencia política, y en general, sobre todos los espíritus mal nutridos, fáciles de alucinar y de arrastrar, de todos los codiciosos sedientos, imposibles de contener ante la perspectiva de un provecho que ven seguro.

Gustavo Le Bon observa el hecho de que todas las revoluciones contemporáneas han sido rápidas en su propagación y su triunfo, y lo atribuye a la prensa que es hoy abundante, que cuenta con enorme número de lectores y se distribuye rápidamente por los fáciles medios de transporte con que cuentan casi todos los países. Para él, el periódico es el vehículo del contagio en una multitud esparsa, lo que acerca y pone en un medio común las voluntades dispersas en un territorio. La observación es acertada sin duda; pero en México, más que por el contagio psicológico, obró la prensa por la difusión de noticias mentirosas que siempre pintaron el estado del país tan negro para el Gobierno como brillante para los que lo combatían [1]

El Gobierno, como si se empeñara entonces más que nunca en mantener el régimen constitucional de paz, dejó que la prensa hiciera, como hizo, la revolución cu-

(1) Se dice que el amigo íntimo que acompañaba a Madero en Texas ha referido que después del fracaso inicial del plan de acción en Puebla, México y Pachuca, y cuando pasado algún tiempo se vió que la nación no respondía al llamamiento revolucionario, Madero se consideró perdido y resolvió retirarse a Europa. El amigo, que en vano trataba de detenerlo, lo logró al fin, mostrándole un diario de México en que se daban noticias muy favorables para ellos. Mucho tiempo después tuvieron ocasión de persuadirse de que aquéllas eran de pura invención.

yas consecuencias conocía muy bien el Gral. Díaz. Al principio por creer el movimiento sin gran importancia, y después por una indecisión inexplicable, el gobierno estuvo inactivo, falto de resolución para dictar medidas eficaces de defensa. Tenía un ejército de catorce mil hombres que necesitaba ser aumentado inmediatamente y que nunca se aumentó; tenía las armas necesarias, buenos cañones y buenos artilleros y se había pedido más armamento y municiones a Europa; tenía más de \$70.000,000 en las reservas de la Tesorería general. Respecto a la opinión pública, si por cansancio deseaba un cambio de gobierno, tuvo, en general, repugnancia por la revolución y por la poca garantía de respetos que prestaban sus hombres desconocidos y sus procedimientos que desde el principio fueron destructores. Veinte años antes y con mucho menos elementos, el Gral. Díaz habría sofocado la revolución en pocos meses. Entonces le hacían falta sus dos principales consejeros: Corral, que herido de muerte desde Septiembre padecía alejado la enfermedad que había de llevarlo al sepulcro y Limantour, que permanecía en Europa, tratando de concluir su más importante y feliz combinación financiera.

En el Norte la guerra se hacía por los revolucionarios sin presentar combate a fuerzas federales de importancia; sus guerrillas siempre montadas, se movían en partidas numerosas que atacaban las pequeñas poblaciones mal guarnecidas y no las conservaban en su poder; buscaban buenos sitios para emboscadas al paso de las tropas del Gobierno y se conformaban con hacerles algunas bajas y desmoralizar a su enemigo cogiéndolo en posición desventajosa. Para combatir a un adversario que siempre evadía el combate y con-

taba con una movilidad ágil, se propuso al Presidente alistar diez mil jinetes reclutados en el mismo terreno, semejantes a los guardas rurales, que se dividirían en fracciones ligeras, superiores a las revolucionarias en número, armas y equipo. El Presidente no aceptó el proyecto, quizá por temor de que las tropas así organizadas se convirtieran en revolucionarias también, pues parecía desconfiar de todos.

Un día a un cabecilla le ocurrió, después de entrar en cualquier cabecera de Distrito y no encontrando algo mejor en que mostrar su celo, incendiar los archivos del Juzgado, incluso los libros del Registro de la Propiedad, los expedientes de la Jefatura política y aun los registros del Estado Civil. Este acto salvaje, que, sin servir absolutamente para el triunfo de la revolución, perjudicaba tan grandemente los intereses particulares, mereció el aplauso de muchos cabecillas, se fué imitando por otros y llegó a considerarse obligatorio, regla superior para quien quisiera acreditar con un solo acto su fe revolucionaria. El incendio iba siempre acompañado de otro acto inmoral que colmó la infección de las tropas ya de suyo licenciosas: en cada plaza ocupada se abrían inmediatamente las cárceles, y los presos por delitos del orden común (calificados todos como inocentes víctimas de la tiranía) eran puestos en libertad y afiliados en el ejército regenerador.

En el Sur Figueroa y Zapata se levantaron en los Estados de Guerrero y Morelos. Zapata mostró desde el principio instintos sanguinarios y feroces, revelándose mucho más bandido que revolucionario. Ninguno de los dos se declaró por Madero. Figueroa lo

hizo al fin de la revolución, cuando la prensa le atribuía un ejército de diez y seis mil hombres y no tenía la cuarta parte.

No vamos a hacer relación detallada de los progresos de aquella revolución confusa hasta su triunfo inesperado; los hechos están todavía revueltos en la memoria de las gentes y en los archivos oficiales. Por otra parte, no tiene importancia para los lineamientos generales que guían el juicio sobre la época en general.

La revolución no se modificó en sus procedimientos; cundió en Estados próximos a Chihuahua y Sonora, no por avance de las fuerzas ya en armas, sino por la aparición de nuevos cabecillas que operaban en su propia región, por motivos o codicias personales y con independencia de las órdenes del jefe de la revuelta. En los Estados del centro, los pocos cabecillas que surgían no reunían sino grupos pequeños que se dedicaban a vivir sobre el país y nunca amenazaban poblaciones de mediana importancia. De Oaxaca hacia el Sur, sólo el pequeño Estado de Tabasco estaba revuelto, pues en los demás no había un solo revolucionario. Tamaulipas en el Norte y Querétaro en el centro estuvieron siempre tranquilos. Cuando llegó el triunfo, la revolución no había tomado una sola población de importancia en toda la República, ninguna capital de Estado, ni había depuesto a un solo gobernador.

El Gobierno se dejó vencer sin combatir; no empleó en el momento oportuno los elementos superiores con que contaba, por más que ese momento fué largo, y cuando por su inacción é) y por sus noticias la prensa, hicieron creer a la nación que la revuelta había tomado ya la ventaja, brotaron por todas partes multitud de cabecillas de ocasión que, si eran de pronto

impotentes para tomar ciudades, eran bien numerosos para no ser destruidos ni siquiera perseguidos por las escasas fuerzas federales, y lo eran también para asolar el país, destruyendo su riqueza y acabando con las pequeñas poblaciones que era imposible guarnecer. La situación de los contendientes era muy desigual: el gobierno está obligado a ser humano, civilizado y prudente en los medios que emplea para la guerra; de lo contrario se le condena por propios y extraños; el revolucionario puede hacer lo que mejor le cuadre sin merecer la reprobación definitiva; lucha por ideales, no es el suyo un ejército organizado, los rudos cabecillas no tienen ni educación ni instrucción; aun los neutrales están dispuestos a encontrar disculpas en favor de actos de los rebeldes, que condenarían duramente si los ejecutaran las tropas del gobierno. Por otra parte, el perseguidor, en el género de guerra que aceptó sin concierto la revolución, necesita un número de tropas mucho mayor que las del perseguido, y mientras aquél no puede estar sin comunicación con su base de operaciones para ser provisto de cuanto ha menester, el otro vive del país y no se cuida de bases ni guarda escrúpulos estorbosos para sus correrías. (1)

El Gral. Díaz no quiso aumentar el ejército por el sistema de reclutamiento forzado que fué usual en el país desde la independencia. Apeló al alistamiento voluntario, ofreciendo un sueldo doble; pero nadie acu-

(1) Un solo bandolero, inteligente y bravo, Heracleo Bernal, sostuvo la persecución que le hacían numerosas tropas, por varios años, cometiendo continuas depredaciones. El indio Jerónimo resistió la persecución de las tropas americanas y mexicanas por bastante tiempo.

dió, como era natural: nadie va a la guerra por ganar un sueldo mezquino en ninguna parte del mundo. Desde que la revolución comenzó a adquirir importancia se aconsejó al Presidente reclutar por el sistema de fuerza treinta mil hombres para acabar en poco tiempo con el desorden, y él se resistió. Debilidad moral de anciano o eserúpulo de gobernante de fama mundial que no quería dar ese espectáculo a los gobiernos extranjeros. El pueblo no ganó nada con esa piedad que más tarde produjo la *leva* de mayor brutalidad que se ha visto y permitió además el saqueo y el asesinato.

Por lo menos desde Abril de 1911 la situación de la República era tal por las partidas revolucionarias que se derramaban en la mayor parte del territorio al Norte, al Oeste, en los dos Estados del Sur y aun en algunos del centro, que cabe dudar de si el gobierno habría podido dar cuenta de ellas cuando tenía que levantar un número de tropas tan crecido como para combatir las partidas y al mismo tiempo guarnecer todas las pequeñas poblaciones. No se podía contar con que éstas se defendieran solas ni aun de las simples depredaciones que las amenazaban; en nuestros países semicivilizados de la América Latina, la falta de solidaridad pone a merced de cincuenta bandoleros organizados una villa de dos o tres mil habitantes. Lo que no tiene duda es que el dominio del territorio no habría podido hacerse sino en largo tiempo y a costa de mucha sangre y mucho gasto.

A mediados de marzo, vuelto Limantour a México, hubo una reorganización del Gabinete, al que fueron llamados hombres nuevos que nunca habían figurado en la política y que no inspiraron confianza a la sociedad. Corral, gravemente enfermo, salió para Euro-

pa; conservaron sus carteras los Ministros de Hacienda y de la Guerra. El 1.º de abril el Presidente, en su informe inaugural ante el Congreso, expuso la necesidad de reformas que iban al encuentro del programa de la revolución; pero que tenían una amplitud mayor, pues proponía algunas para mejorar la administración de justicia, distribución de tierras a la población agrícola pobre, etc. El propósito y el anuncio eran tardíos; los jefes de la revolución no querían ya libertades, sino despojos, y el pueblo bajo, por su parte, no pensaba ni en tierras, ni en justicia, ni en reformas políticas que ni solicitaba ni entendía.

Por entonces el gobierno americano ordenó un movimiento de tropas inusitado y que parecía una amenaza: movilizó veinte mil hombres sobre su frontera de Texas, ejército que, según las noticias que circulaban en la Capital, llevaba un equipo superior a sus necesidades para simples ejercicios de campaña. En México se comentaba con calor el movimiento de aquellas tropas, porque no tenía precedente en la memoria de las gentes, que la hiciera aceptar como desintencionada. La ocasión, por lo menos inoportuna, autorizaba la suposición de que el gobierno americano se proponía o intervenir en México o apoyar moralmente a la revolución para decidir su triunfo. Se atribuyó entonces a la renuncia del general Díaz, como causa principal, la amenaza de intervención en que veía peligros que no estaban al alcance del público y que le imponían el sacrificio personal como un deber patriótico superior.

Lo cierto es que desde el principio de abril los hechos se fueron precipitando día por día en sucesión atropellada. El ejército federal derramado en todo el

país hacía un trabajo inútil contra partidas revolucionarias más o menos fuertes, que sólo en condiciones muy ventajosas esperaban o atacaban; las fracciones del ejército que estaban cerca se reconcentraron en la capital hacia mediados de mayo. En el Norte los jefes principales de las tropas revolucionarias, reunidos a Madero en las cercanías de Ciudad Juárez, amenazaban esta población que no tiene importancia sino por ser asiento de la principal aduana en la frontera americana. La fuerza federal que guarnecía la plaza, muy inferior en número a los asaltantes, no podía resistirles mucho tiempo.

La caída de la lejana plaza no había de añadir nada militarmente a la mala situación del gobierno; pero sea que el general Díaz estuviese cansado o que repugnara la perspectiva de sangre que ofrecía una reacción vigorosa de parte del Gobierno; sea que viera en la actitud pasiva de todas las clases un signo de que la opinión lo abandonaba, tomó la determinación de tratar con los jefes de la revuelta, enviando para el efecto un representante a Ciudad Juárez para entrar en pláticas con ellos. Los que preveían grandes males en el triunfo de la revolución, censuraron este paso por débil y encaminado a la caída; no hay datos todavía para juzgarlo con seguridad; pero no hay duda de que fué dictado por un sentimiento de humanidad y probablemente de patriotismo en que se sacrificaban muchos sentimientos personales.

En medio de las conferencias que se celebraban entre el delegado del gobierno y los jefes del movimiento (y por actos de indisciplina de jefes militares rebeldes, según entonces se aseguró), se inició un día el ataque a la plaza. Madero, que en vano quiso conte-

nerlo, acabó por animarlo y Ciudad Juárez cayó en poder de los revolucionarios. Aquel fué el último combate de la lucha y a la vez el bautismo de fuego de Madero.

Las conferencias continuaron, sin embargo. Nada diremos de ellas porque nada consta sobre sus detalles en documentos que sean conocidos; pero era bien claro que debían terminar o con la abdicación del general Díaz o con la ruptura que renovarí la guerra. Se realizó lo primero. El convenio se concertó así, dando entrada en la Presidencia al Secretario de Relaciones, conforme a un precepto constitucional; pero asistido de un Gabinete designado por Madero.

En la Capital, puesto que se presentía ya la renuncia del general Díaz y con la concentración de fuerzas federales que abandonaban Pachuca, Cuautla y otras poblaciones cercanas, grupos del pueblo recorrían las calles en la noche del 23 de mayo aclamando a Madero. El 25 de Mayo, el hombre que había dado a México un período largo de paz, de organización, de enriquecimiento y de honor ante el mundo, salió de la Capital para embarcarse en Veracruz e ir a morir en el destierro.

Como aquella revolución singular no tuvo ejércitos, tampoco tuvo batallas, y sin batallas no pudo tener héroes de los que levantan la fácil admiración del pueblo que hace los ídolos. Madero hizo en seguro la proclamación y en seguro vivió en Texas hasta ya entrando el mes de febrero: estuvo fuera de fuego y como simple testigo en el combate de Casas Grandes en don-

de los revolucionarios llevaron la derrota, y debía de merecer pocos respetos de parte de los suyos, cuando después de la toma de Ciudad Juárez sufrió un ultraje de su general Pascual Orozco, delante de las tropas, que pudo ir a peor extremo. En cuanto al mismo Orozco, cuyo nombre sonaba como el del hombre de armas de mayor brío y más notadas empresas, no contaba una victoria señalada que poner en sus lauros; sólo tenía el mérito de haber sido el primero en alzarse en armas, había adquirido prestigio en la región sublevada y animaba a las poblaciones rurales para dar contingente; los campesinos lo seguían, pero el fulgor de las victorias que señala *el hombre* a las muchedumbres y lo revela a un pueblo, no lo acompañaba. Su autoridad se limitaba a una región estrecha del Norte y era inculto y simple como cualquier labriego.

Madero, por su parte, no se había hecho sentir como jefe de la revolución sino por haberla proclamado; los cabecillas que después se levantaban en armas no conocían a Madero ni el Plan de San Luis; se alzaban de propia cuenta, por espíritu de aventura y afán de desorden, y si se adherían a la revolución general era por no estar aislados. Los jefes tomaban el grado militar que querían y lo común fué que cada uno permaneciera en el lugar en que comenzara sus correrías. La revolución no se organizó nunca militarmente y es probable que Madero y los que le acompañaban con el título de ministros no pensaron nunca en someter a las partidas diseminadas en todo el país a un plan estratégico, ni hicieron combinaciones de movimientos entre partidas que merodeaban en diversos Estados, ni se comunicaron con las que operaban en el centro

o en el Sur. Zapata y Figueroa no pensaron en Madero, y Zapata estuvo contra él más tarde, como estuvo después contra todos.

En cuanto a los hombres de la diplomacia y la política que acompañaban al caudillo, lo tenían demasiado cerca para darle grandes proporciones; en realidad lo veían inferior a ellos y si nadie se atrevió a suplantarlo fué porque nadie tenía tampoco títulos mejores que él, ni superioridad notoria sobre sus compañeros. No se levantó en todo el país un solo hombre cuyo nombre sonara con prestigio en la nación o en una región de ella, ya como soldado, ya como político, por sus antecedentes en asuntos de gobierno o por simple popularidad entre las masas o en la **sociedad**. Con excepción de unos cuantos que rodearon de cerca a Madero, con más ilustración y más notoriedad que él, los que por todas partes aparecían eran de condición inferior bajo todos respectos. Un maestro de escuela en un Distrito, un exprefecto destituido en otro, un campesino lector de periódicos, un empleado comprometido en cuentas, algunos con sueños de régimen de libertad que parece tan fácil y tan sereno, otros con la perversidad que va a sabiendas a espumar en el desorden y a la disputa del botín; hombres de este género o un poco mejores o un poco peores, pero todos desconocidos, que prosperaban según su audacia y su fortuna, fueron los que surgían aquí y allá, sin liga, sin concierto, para hacer al fin el desconcierto general, que amenazaba una anarquía y un bandolerismo irreducibles en toda la extensión de la República. La revolución posterior dió a Madero el nombre de apóstol porque no quiso cargar con la responsabilidad de llamarle caudillo.

Si el general Díaz hubiese licenciado el ejército y disuelto el gobierno constitucional, la revolución se habría encontrado sin fuerza cohesiva. Varios grupos en cada Estado se habrían disputado el gobierno, en muchos el mando de cada distrito. Ni Madero ni sus allegados tenían fuerza moral ni elementos materiales para imponer su autoridad revolucionaria, formar el núcleo, sojuzgar las codicias de centenares y aun millares de pequeños. El fenómeno de generación espontánea de cabecillas que impulsó la retirada del general Díaz, habría ahogado a Madero y envuelto desde entonces a México en una anarquía sin freno. Lo que salvó a Madero fue que el gobierno fuerte, respetado durante treinta y cinco años, se mantuvo sobre sus bases y el cambio de personas se hizo por una derivación constitucional como autoridad y como fuerza. Díaz se había ido; *el gobierno* seguía sin la solución de continuidad que desprestigia, firme sobre su asiento constitucional ante una generación que no lo había conocido sino para respetarlo, temerlo y aun admirarlo. Madero se apoderó de él mediante el Gabinete impuesto al Presidente interino D. Francisco L. de la Barra en los convenios de Ciudad Juárez, y la revolución se inclinó ante el gobierno renovado, aceptándolo porque estaba renovado, y obediéndolo porque era "el gobierno".

Por añadidura tenía ese gobierno su asiento en la Capital, la ciudad prestigiosa de los presidentes, intacta y serena; tenía armas y municiones en sus depósitos y un ejército ni vencido ni avergonzado en la campaña, que por primera vez en la historia nacional dió el ejemplo de lealtad sin defecciones; tenía, sobre todo, sesenta y dos millones de pesos en la Teso-

rería nacional, las rentas abundantes en productos, las oficinas en trabajo, todo el mecanismo de la administración en el movimiento activo de la labor ordenada y fecunda. Así, la sucesión de Madero parecía más una renovación normal en las personas que constituían el gobierno, que el asalto del poder por medio de las armas. La parte más difícil de las revoluciones, la que empieza al día siguiente de la victoria, la que necesita en el jefe un conjunto de condiciones de carácter y de entendimiento superiores, se ahorró a Madero (que estaba desprovisto de éstas), sin que él lo procurara, sin que lo percibiera nunca probablemente, ni diera nunca muestras de haberlo apreciado ni entendido. Lo encontró todo natural y lo atribuyó a su prestigio que le daba autoridad, y a la cordura de la democracia.

Así se hizo la subordinación de los cabecillas al gobierno en casi todas las regiones agitadas del país, y gracias a estas circunstancias pudo éste prolongar por algún tiempo la vida institucional en apariencia. Hacerla real, no era obra que requiriese el vigor extraordinario del genio: habrían para ello bastado las dotes normales de un hombre sereno, de entendimiento sano y con energías no excepcionales.

El general Díaz no luchó; así lo ha dicho la opinión uniforme de la nación después de su caída. Lo que hemos expuesto en los capítulos precedentes da la idea de la situación creada por su sistema de gobierno, tanto respecto a la nación como con respecto a él, y de esta situación, bastante prolongada, emanaba la naturaleza de las relaciones y sentimientos entre él y el pueblo. En la noche que precedió a su salida de la Capital, dijo él a la comisión del Congreso que fué a

anunciarle la aceptación de su renuncia, que las clases conscientes habían permanecido indiferentes en la lucha, como si se quejara de abandono o si lanzara a esas clases un reproche. Hacía ya mucho tiempo que él no contaba con la nación, ni contó con ella para entregar sus destinos en los tratados de Ciudad Juárez; y aunque la sociedad en general, el pueblo culto derramado en todo el país, veía con temor y desconfianza aquella revolución hecha por hombres desconocidos y de extraña moralidad, y que empleaba procedimientos destructores, no podía sentir entusiasmo por defender a un gobierno en que no tomaba parte alguna, a despecho de las leyes que se la aseguraban. Esta situación es propia de los pueblos que no han llegado, por la desgraciada composición de su masa, a las altas ideas colectivas de las comunidades uniformes y avanzadas: eran los intereses de la nación los que estaban en el juego, y su suerte se disputó entre un gobierno que ella no quería perpetuar y una revolución hecha por pequeños grupos de hombres sin arraigo, que sólo prometía desastres.

Dada la obra del general Díaz, cuyas beneficios sentía el país y de cuyas ventajas estaba viviendo, el sentimiento desfavorable al Presidente no era el del odio que hacen germinar los tiranos como Santa Anna, sino de cansancio y de impaciencia. Precisamente porque el gobierno sostenía la paz por primera vez en la era independiente, el pueblo esperaba el cumplimiento de las instituciones políticas que nunca se habían puesto en práctica; precisamente porque la instrucción se difundía por todas partes y la clase media se desenvolvía y multiplicaba, era de esperar que se la hiciera partícipe en las tareas públicas y que todos

los ciudadanos aptos tomaran parte en la renovación de los funcionarios que regían el país. Las dictaduras liberales y progresistas, como tienen que ser las modernas en nuestro hemisferio, y de que fué supremo tipo la del general Díaz, siembran democracia en las escuelas, la esparcen en la prensa y en los libros y la ejercitan en todos sus actos y aun en sus leyes; son propagandistas de las libertades y no pueden menos que ser y son, conscientemente quizá, los precursores de las libertades positivas. Santa Anna anulaba las constituciones e imponía el catecismo clerical en las escuelas, mientras Díaz guardaba las formas rituales de la ley y multiplicaba las escuelas en que se enseñaba el catecismo constitucional. Su apego al gobierno era instinto personal; pero la dictadura no era un dogma de su fe política, ni el abatimiento de los pueblos un principio de su sistema administrativo. Por eso difundió la enseñanza sin reservas, cuanto pudo, en el territorio de la jurisdicción federal y predicó siempre a los gobernadores que la difundieran sin límites en sus Estados.

Así fué como durante su larga gobernación la clase media, aumentada por el acrecimiento del trabajo y de la riqueza, se desarrolló por la instrucción que recibía, no sólo en las escuelas primarias, sino en la enseñanza superior, en las normales fundadas en el Distrito Federal y en todos los Estados, y en las profesionales, que abrían sus puertas a todos con liberalidad y sin excepciones. La capacidad política que así se extendía, las instituciones nacionales siempre encomiadas y hasta hechas objeto de un amor místico, la paz mostrando una oportunidad feliz para iniciar al pueblo en el ejercicio de sus libertades, eran facto-

res que no podían menos de producir la aspiración general por un régimen en que los destinos de la nación no dependieran de una sola voluntad, con mayor amplitud en la intervención popular, con renovación de los hombres, para que tuvieran o siquiera temieran la responsabilidad ante la opinión, al volver a la vida privada.

Este sentimiento era común a la clase de cultura y posición superiores, a la media, a la parte de las clases populares que es capaz de concepciones más o menos claras de la organización política; era, en los individuos mejores, limitado por el conocimiento de las dificultades y los peligros de la iniciación, menos moderado en otros, impaciente y casi violento en muchos, y en todos constante, arraigado, irremediable. Este sentimiento general fué en realidad lo que determinó la caída del gobierno del general Díaz.

No derribó al anciano presidente un movimiento de la nación, sino su inmovilidad. La opinión pública no acompañó a Madero en su rebelión, pero tampoco acudió a la defensa del gobierno. Fué una tercera entidad (incomprensible para los pueblos plenamente civilizados y con unidad social y política) a quien se ponía en la alternativa de seguir a una revolución desastrosa para el país o sostener contra ella la dictadura para mantenerla en su asiento. La razón habría aconsejado lo segundo, pero la razón no es el resorte de los pueblos y nunca en la historia humana se ha visto que los entusiasmos populares se enciendan en favor del mando absoluto.

El sentimiento general respecto a la persona del general Díaz es, por complejo, difícil de explicar y de todos modos imposible de reducir a una afirmación o negación

absoluta. Fuera de México casi resulta incomprensible. Hasta Madero, cuando en su libro lo ataca, lo elogia altísimamente. Su obra, toda por la nación, sus virtudes privadas inmutables, su invariable superioridad sobre las pasiones e intereses corrientes, lo rodearon siempre de un respeto que no lo abandonó ni en el ostracismo. El pueblo de la nación no aplaudió su caída, y el último representante de ese pueblo para pedirlo, el de Veracruz, le hizo una ovación franca y calurosa cuando salía sin poder, sin pompa, sin esperanza para playas extranjeras.

